

Las Parábolas de lo que estaba perdido. En el Capítulo 15 de Lucas.

Lucas presenta en el Cap. 15 de su relato del Evangelio tres parábolas de Jesús, todas ellas en relación con algo que se pierde: una oveja (vs. 4-7), una moneda (vs. 8-10) y un hijo (vs. 11-32). El verbo *perdido* se encuentra en los versos: 6, 9 y 24,32 para cada caso.

Estas parábolas dijo el Señor con ocasión del menosprecio manifiesto por parte de los fariseos y los escribas hacia *publicanos* y *pecadores* que escuchaban las enseñanzas del Maestro (vs. 1 y 2).

La parábola del *hijo perdido* es conocida más como *parábola del hijo pródigo*. Ahora bien, esta palabra – *pródigo* – es empleada en el sentido de alguien “*que desperdicia y consume su hacienda en gastos inútiles, sin medida ni razón.*” (Diccionario de la Real Academia). Este es el comportamiento de ese hijo que se destaca en la parábola, pero el énfasis común en las tres parábolas es el de estar perdido y ser hallado. Sin que esto signifique que rechazamos el que se la llame *parábola del hijo pródigo*, aclaramos otra vez que el nombre de la parábola no forma parte de la Escritura misma, sino de títulos escogidos por las casas editoras y sostenidos por la costumbre.

Las Parábolas de la oveja perdida y de la moneda perdida.

Lucas 15:1-10

Trataremos las dos parábolas a la vez, por las similitudes que tienen. Si bien suelen emplearse separadamente en sermones (sobre todo la de la oveja perdida), es evidente que Jesús las presentó en seguidilla. Vamos a considerar el momento que propicia estas parábolas.

Este a los pecadores recibe y con ellos come. (vs.1 y 2)

Lucas deja ver de continuo a Jesús cerca de los marginados de la época. Los cobradores de impuestos (*publicanos*) y la gente de mala fama (*pecadores*) eran personas atendidas por el Maestro. Los fariseos y los escribas, religiosos de influencia, no reprimen su juicio de reproche. El comentario de estos adversarios de Jesús corresponde a una sentencia de las tradiciones religiosas que sostenían: Quien se asocie con pecadores se vuelve también inmundo. Pero lo que los postulados humanos dictaminan no afectan la integridad perfecta del Hijo de Dios; Aquel que podía tocar a los leprosos sin contagiarse de la lepra, antes los sanaba, podía también estar entre los pecadores sin contaminarse de su pecado, y traer para ellos luz y esperanza. Quizás esa fue la misma ocasión en que Jesús les respondió: “*Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.*” (**Marcos 2:17**)

¿Qué hombre de vosotros...? ¿O qué mujer que tiene diez dracmas...? (vs.4 y 8)

La primera forma de responder a la murmuración de los fariseos y los escribas es trayéndolos a situaciones posibles en las que ellos mismos procederían para ir en busca de lo que habían perdido, por el interés de recuperarlo. Así, presenta estas dos parábolas, una en la que pierden una oveja y otra en la que pierden una dracma (Una dracma correspondía al pago de un día de trabajo, así que no era algo desechable).

...hasta encontrarla.

En ambos casos se procede con responsabilidad y diligencia: Se deja a las 99 ovejas a buen recaudo y se busca con empeño la que se perdió, *hasta encontrarla (v.4)*. Se enciende una lámpara, se barre la casa y se busca debidamente la moneda *hasta encontrarla (v.8)*. Como hay interés verdadero, se emprende una búsqueda de corazón, *hasta encontrarla*.

Gozaos conmigo: ¡La encontré!

Encontrar lo perdido produce gozo, tal es el contentamiento que vale compartirlo con los amigos. El gozo testimonia del aprecio y del reconocimiento del valor de lo hallado; por eso se emprendió la búsqueda tesonera, y dio su fruto anhelado: ¡Lo que estaba perdido fue encontrado!

La lección espiritual de estas parábolas: (vs. 7 y 10)

Hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que el que hay por quienes ya no necesitan el arrepentimiento para salvación.

La Parábola del Hijo Perdido.

Lucas 15:11-32

En las parábolas anteriores se va en busca de lo perdido; en esta, el perdido es un hijo que abandona la casa prematuramente y malgasta sus bienes *“viviendo perdidamente” (v.13)*.

La parábola presenta tres personajes: un padre, el hijo mayor y el hijo menor. La trama en sí es esta: Un día el hijo menor pide a su padre lo que le correspondía de su herencia y, recibéndolo, no mucho después se va con todo a un lugar apartado, donde se dedica a vivir la *dolce vida* y malgasta sus bienes, perdiéndolo todo y experimentando lo humillante de haber tomado tan mala decisión. En esa circunstancia se acuerda de su padre y de la condición en que vivía en su casa de la que había salido; emprende el retorno y, aún lejos de su casa, su padre lo divisa y corre hacia él, dándose un encuentro restaurador impresionante, del que el hijo mayor expresa su oposición y su rechazo para con su hermano menor, acompañado de reclamos a su padre. La respuesta del padre a su hijo mayor es concluyente: *“Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era*

necesario hacer fiesta y alegrarnos, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado.” (vs. 31 y 32)

A continuación, aspectos sobresalientes de la parábola.

“se fue a una provincia lejana” (v. 13)

La distancia escogida por el hijo menor atestigua del deseo de estar fuera del alcance del control de su padre. Por las costumbres no propias de judíos (como la crianza de cerdos) se entiende que estaba en un ambiente muy distinto del que vivía.

Esto ilustra la elección que hace quien anda lejos de Dios y de Su control. Fuera de Su voluntad reina el pecado, y el alma cede a sus influjos. En verdad, una vida lejos del Señor puede ser presa del desenfreno, pero también de las distintas argucias del diablo que alejan de Dios el corazón humano.

“volviendo en sí” (v. 17)

El joven cae en la afrenta más ignominiosa, pues no sólo que pasa a criar a animales que entre los judíos son inmundos, sino que al estar a diente limpio hasta siente deseo de comer la comida de los cerdos. Sostener un estilo de vida lejos de Dios siempre traerá sus consecuencias.

Pero en la profundidad de su deplorable situación, el joven **vuelve en sí**, y recuerda a su padre y a la condición en que vivía: *“¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí muriendo de hambre!” (v. 17)*. A la reflexión le viene el diseño del hermoso arrepentimiento, el que repara las distancias producidas por la ofensa y declara: *“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré...” (v. 18)*

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti...” (vs. 18 y 21)

El hijo emprende el retorno a casa, vestido de vergüenza y agobiado por la culpa de su pecado. Nótese que *“cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, quien, profundamente conmovido, corrió a su encuentro, y se echó sobre su cuello y lo besó.” (v. 20)*.

El auténtico arrepentimiento es el que va del dicho al hecho: El hijo, en profunda humillación, empieza a declarar lo que había resuelto decirle a su padre. Nótese que no alcanzó a decir todo lo que había decidido; le faltó la frase: *“Trátame como a uno de tus jornaleros”*.

El arrepentimiento real no sólo sabe que se debe confesar y pedir perdón, sino que LO HACE. Por eso, no se trata de sólo reconocer que se ha pecado, ni de empantanarse en remordimientos; todo esto es bueno, pero es la antesala del arrepentimiento que liberta el alma.

El padre lo interrumpe, porque es evidente el arrepentimiento, y ya no es necesario que se diga más. Así, *el que pesa los corazones* traerá Su inmediato

perdón al corazón contrito y humillado. (Léase [Deuteronomio 4:29](#) y [Salmos 51:17](#)).

“¡Hagamos fiesta!” (v. 23)

Es la orden del padre a sus criados, y les da su argumento: *“...porque este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida. ¡Se había perdido y ha sido hallado!”* (v. 24).

Entonces el hijo mayor, aturdido por el comportamiento de su padre, le reprocha su decisión, porque *“Yo merezco que me celebres, porque siempre he trabajado para ti y te he obedecido; ¡pero este hijo tuyo no lo merece!”* (vs. 29-30). El padre le responde también con argumentos: *“Hijo mío, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas”* (v.31).

El perdón divino no está dispuesto para quien lo merezca, sino para todo aquel que se humille de corazón. *“Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”*. La gracia es, muchas veces, incomprendida por los corazones legalistas y por los que no saben gozarse con el bien del otro.

Y el padre lo corrige, pues no se trataba de *“este hijo tuyo”*, sino de *“tu hermano”* (v.32), y vuelve a traer la expresión del gozo que responde al arrepentimiento de corazón.

Las tres parábolas entregan el mensaje: Hay gran gozo en el cielo cuando un pecador se arrepiente; también lo hay cuando están los que ya se arrepintieron, pero el gozo mayor en el cielo se produce cuando un corazón se vuelve a Dios, y vuelve a casa,

¿Te das cuenta de que aquel día en que te arrepentiste y viniste al Señor hiciste estallar los cielos de gozo? ¿Te apercibes de cuánto valora Dios la salvación de un alma? ¿Reparas en que eres una persona que tiene valor para Dios? ¿Cuán dispuesto estás para dar gracias y para llevar a otros la buena nueva de que Aquel que vino a buscar al perdido está también esperando anhelante que regrese a su Señor?